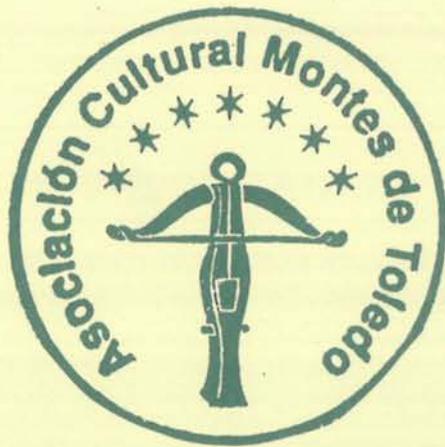


# REVISTA DE ESTUDIOS MONTEÑOS



Nº. 88

Asociación Cultural Montes de Toledo



Junta de Comunidades de  
**Castilla-La Mancha**  
Consejería de Educación y Cultura



DIPUTACIÓN DE TOLEDO

---

---

# REVISTA DE ESTUDIOS MONTEÑOS

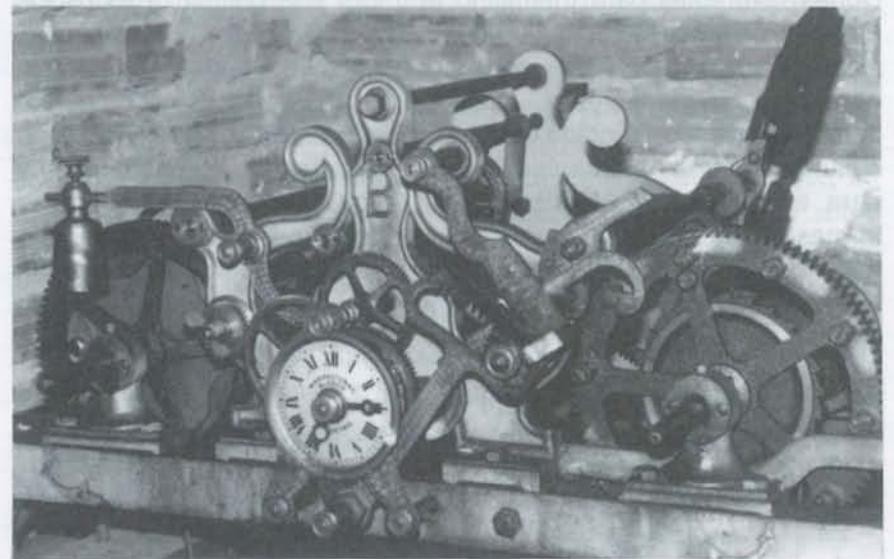
---

---

*Montes de Toledo.* Boletín de régimen interior de la Asociación Cultural Montes de Toledo. 4º Trimestre de 1999. Nº. 88. Redacción: Puerta del Cambrón. Dirección Postal: Apdo. 89. Toledo. Telf. 925 25 75 22.- Director: Ventura Leblic.- Consejo de Redacción: Junta Directiva.- D.L.: TO. 172/1978. Imp. Ediciones Toledo, S.L.

## *Felicitación*

*La vieja maquinaria del reloj de Totanés quedó superada por la nueva tecnología pero supone un eslabón en el progreso de la ciencia y por ello lo conservamos. Nos ayudará a pensar y descubrir por qué hoy hemos avanzado. Es la historia. Con él despedimos el año 1999 y entramos en el 2000, deseando un tiempo nuevo de paz para todos.*



## Carta del Presidente

El despedir este año que termina supone que daremos casi por finalizado un milenio, en cuyos últimos años nacimos como Asociación comprometida con la recuperación de nuestra comarca mediante un proceso cultural común que nos acerca y une.

Hemos mantenido nuestro trabajo dentro del mundo rural con el que nos consideramos identificados y dispuestos a participar en su promoción y desarrollo desde la base. Preferimos estar junto al pueblo, su cultura, sus acontecimientos ciudadanos, sus aspiraciones e inquietudes y sobre todo para colaborar desde lo que nos obligan los fines de la Asociación: proteger, divulgar y estudiar o investigar el rico patrimonio cultural y natural de los Montes de Toledo así como su desarrollo turístico. El trabajar desde dentro del territorio o desde fuera siempre es bienvenido si se desea colaborar y participar en la enriquecedora aventura de la solidaridad con nuestra cultura resultado de una historia forjada por quienes nos han precedido y de quienes heredamos un hecho social dinámico que avanza y progresa vigilante de sus recursos patrimoniales, empeñados en mantenerlo en condiciones favorables para transmitirlo al futuro que comienza todos los días.

Asistimos a un despertar por valorar "lo nuestro". Casi sin darnos cuenta, cada vez nos encontramos más gente subida en este carro. Hemos comprendido que debemos PROTEGER nuestro legado cultural y natural pero también que nadie protege lo que no conoce y para ello INVESTIGAMOS y DIVULGAMOS, nuestras riquezas o formas y maneras de ser creativos, nuestra historia... en definitiva todo aquello que significa recuperar nuestras señas de identidad comarcal. Pero aún queda camino. Y así entramos en el nuevo año con la esperanza de no ser engullidos por el consumismo y la tecnología deshumanizadora que nos rodea.

Siempre apostaremos por el hombre.

Desde los Montes de Toledo os deseamos paz, progreso y un mundo más justo para nuestros hijos.

VENTURA LEBLIC GARCÍA  
Presidente

## De la muy verdadera y esforzada aventura por el camino del pastor Magdaleno. Desde Ajofrín a San Pablo pasando por Cuerva.

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO

### I

«La del alba sería» cuando el auto gobernado por Quique daba los primeros resoplidos subiendo la Cuesta de las Nieves a más de 30º grados centígrados camino de Ajofrín, lugar de encuentro y de partida para unos cuantos peregrinos que, con el nombre de «Adelantados», se disponían a reivindicar el camino procesional de la Virgen de Gracia hasta San Pablo de los Montes, pedestal monteño elegido por la «Madonna» para aparecerse en dimensiones diminutas al pastor Madaleno en 1263. Esta romería enmudeció hace ciento setenta y cinco años, a pesar de su arraigo tradicional y del fervor de que gozaba entre el vecindario sampableño, ajofrinerero y de otros lugares de los Montes. Y por ello, precisamente, la Asociación Cultural Montes de Toledo ha puesto su empeño en recuperar aquel camino de peregrinación que transcurría por los pagos de los montes cada primer sábado de mayo, «cuando hace la calor» y se celebra la mayor parte de las romerías habidas en nuestra piel de toro. Y con apuntes folclóricos que no acababan de aflorar y armados con deficiente atavío, zapateril sobre todo, caímos en el altozano de la iglesia ajofrinerera cuando el gallo de la veleta pregonaba con ocho aldabonazos que nos olvidáramos del paraguas y también del chubasquero en la presente ocasión.

Estos aldabonazos, en verdad, me hicieron pensar que la prudencia no iba a estar de nuestra parte, máxime cuando oía la voz del que luego resultó llamarse Paulino, uno de los esforzados y protagonista de la «fazaña», repetir sin ser escuchada la conveniencia de empezar cuanto antes el camino, «que luego la calor...». Y esta sensación se acentuó cuando entendí que los dos borriquillos yebeneros, ágiles y

troteriles, que nos habrían de acompañar como apoyo de avituallamiento, se habían quedado descansaditos en la penumbra del muladar. Pero al ver la faz de Paulino curtida en el fragor de los caminos, a aldeanos conocedores de estos pagos y del rigor de «Lorenzo» en las horas punta, y sabedor de que cualquiera de los conductores que hasta allí nos habían acercado acudirían en nuestro auxilio a la mínima señal del grillo «móvil» del inalámbrico, además, la prudencia y la mesura asidas siempre de las barbas de Ventura, esos pareceres de osado desarreglo desaparecían; más sólo por momentos, porque volvían a insistir ante la parsimonia del caminar y las frecuentes paradas a modo de incesantes parpadeos, que luego sería parpadeo preocupante, como verá quien leyere.

Sea como luego fue, después de saludos entusiásticos entre los «síndicos», requeridos por la tradición para testificar el inicio del acto con su sola presencia, los que nos disponíamos a ser romeros por un día y aquellos conductores apalabrados; después de hacernos con el primer café y la copita mientras se averiguaba por dónde mandan los cánones antiguos que debemos iniciar el camino, y después de orar en el recinto eclesiástico y de hacer las fotografías de rigor palpando la portada de la iglesia, comprendimos dos cosas al tiempo que nos proveíamos de dulces para el camino en la panadería de la plaza: que en los mismos umbrales de la ruta, a las ocho altas de la mañana del 14 de agosto, la prudencia había ya volado al cielo y, por tanto, debía confiar en mis propias fuerzas en las que, en verdad, poca confianza había. Comprendí allí mismo también que el fervor ajofrinerero a la Virgen de Gracia está a flor de piel, pues la joven y amable panadera que nos atendió, enterada de nuestros altos propósitos romeriles, púsose toda en carne de gallina y:

-Pero, ¿hasta San Pablo?

-Sí. Hasta la misma ermita en la que la Virgen se apareció a Madaleno -dijo el que dijo llamarse Santiago, el mejor atuendado, aparentemente, y más folclórico del grupo.

-¿Andando?

-¡Claro, mujer!

-¿Por el camino? ¿Por El Castañar?

-Sí. Por toda la sierra del Castañar.

-¡Ay, Dios! Me dan ganas de irme con ustedes. Miren como me

he puesto en un momento -y mostraba un brazo, verdadero muslo pelado de pollo de corral.

-¿Y con este calor? -Ahora suspiró llena de conmiseración al tiempo que me regalaba otro paquete de dulces como el que le había mercado.

-¿Dónde está el calor, señorita? -preguntó juguetón Santiago.

-No, ahora no. Ya verá luego como viene solito.

En ese instante, el vacío dejado por la prudencia en aquella hora de la mañana se me representó cual caballo desbocado al que el jinete temerario aún la incita a ganar más velocidad camino del precipicio. Pero yo, en mis adentros, incitaba, incauto, a la aventura que estaba seguro no faltaría a la cita. Y como mirara a la pastelera con los ojos muy abiertos:

-¿Y usted también va? -me preguntó mientras cogía sus dulces y los míos.

-Sí, yo también me embarco -repuse casi sin abrir la boca.

-Pobrecito -creí oír.

Y al cruzar el umbral mismo de la puerta, sentí cernerse la pena de la panadera sobre mis espaldas, porque me creyó más joven, mucho más joven de lo que realmente soy. Y esta confusión que tantas veces me ha halagado, ahora me sobresaltó y me dejó un alfilerazo de inquietud que se fue ahondando a lo largo del camino hasta convertirse en zozobra.

-¿Por qué me habrá preguntado si yo también voy? ¿No me ve en disposición de marcha, al menos en compañía de los romeros? ¿Acaso no ha visto mi escarapela monteña prendida en mi visera? ¿El decir de mi apellido, acaso, se deja traslucir en mi estampa? ¿Habrá adivinado mis dudas sobre mis propias fuerzas?

En cualquier caso, por una larga y muy recta calle dimos con las afueras de Ajofrín, pueblo de salsero nombre al que miré para despedirme de él, no sé si hasta pronto o hasta siempre.

-Adiós, Ajofrín, quizá hasta nunca.

Cómodo, agradable, sin pizca de frío, se alargaba el camino hasta Mazarambroz entre numerosos esqueletos de norias que nos hablaron por momentos del afán rítmico de los cangilones y del tesón de la mula ciega, que sólo concluían con la humedad agradecida de la huerta y el rutinario agotamiento de la tarde.

Al fondo, a la derecha de la ruta, se alzan unas grandes casas de ostentación escurialense que sirven de recreo al mundo clerical. Altivas en su color naranja aparecían en el remanso de la llanada. Como no nos decían sino que su fachenda se mordía con la suavidad del paisaje y el decir de nuestra hora, miré para otra parte y seguí el camino.

Por estos pagos, me adelanté cien metros a la comitiva para materializarla con el objetivo de la cámara ocular. Total, siete: Paulino, con sus setenta y cinco años, marcaba la voz de la experiencia, pero no era escuchado. Sampableño, dueño y muy señor del convento agustino que se ofrece como un altar a 1.234 metros de altura sobre los arenales de Matalascañas y Cascáis. Allí, precisamente, tenemos fijada la parada y fonda... Pero... ¿la alcanzaremos? Me fijé en su atuendo de romero y comprendí que éramos él y yo los más débiles de la comitiva zapaterilmente hablando. El iba como podía ir a misa de doce, o a cualquier bar de San Pablo a tomarse una cervecita: camisa de rayas, pantalón de tergal y zapatillas trenzadas; ni báculo, ni cayado, ni concha de peregrino, ¡ni sombrero!, como yo. Es verdad también que al verle echarse al camino sin gorro ni gorra tampoco ofrecí más de tres ardites por su prudencia ni por sus fuerzas todas, por lo que confié un poco más en las mías. Y me equivoqué doblemente porque no estimé lo suficiente su experiencia y, quizá, sobrevaloré la mía: sobre los zapatos, yo llevé la peor parte, y en el recuento de las fuerzas, menores las mías que las del agradable y generoso «cicerone».

Vidal, Alcalde Honorífico de los Montes, se presentó bien «plantao»: pañuelo monteño al cuello, sombrero pajizo al que pronto colocó la escarapela, gafas de sol, camisola algodónada, pantalón ligero y flexible y zapatillas con apariencia de cómodas. Pero llevaba también macuto, cuyo peso bruto debían compartir, a priori, él y uno de los borricos que habría de traer consigo desde Los Yébenes. Desde un principio, anoté en mi cartera una pizca de parsimonia más de lo debido en Vidal, claro que esto en un hombre de Los Yébenes, y además prototipo entre los yebeneros amigos del monte y de la libertad de los caminos, a pocos ha de extrañar. Son hombres éstos acostumbrados a moverse en inmensos campos comunes cuyos horizontes sólo acotan los hitos más altos y la calima azulada del mediodía; madrugadores y amigos de la caza. Sin embargo, Paco, nativo también de Los Yébenes, mostrábase más diligente, dicharachero, pronto y siempre en movi-

miento, dando a entender desde esos inicios que el camino se hace andando, en movimiento, y sabedor de que no hay tiempo más perdido que el empleado en la ruta. Su atuendo, sin ser espectacular, era el más apropiado para la ocasión: sombrero plegadizo, mochila ligera y franciscanas sandalias, ya aormadas en otras ocasiones. En la plaza misma ajofrineña, se convirtió en reportero gráfico con su grabadora de múltiples comentarios y su cámara fotográfica de objetivo tan certero como puntual.

El más rumboso, el más entusiasta, el mejor uniformado para la ocasión y el más monteño, era Santiago, ingenioso por mil causas y también sampableño aunque more en Móstoles. Con una camisa de cuadros, ligerita, el pelo canoso peinado a lo «bonaparte», pañuelo morado y verde botella, macuto articulado sobre el que despuntaba el banderín de los Montes, también de articulado mástil, en el que prendió la escarapela que distribuía Ventura, el presidente de la Asociación monteña, a todos agasajaba con dichos y comentarios. Los zapatos eran extraños entre el común: su apariencia de cómodos era incuestionable, máxime cuando en una innecesaria parada puso en orden las altas plantillas que le soportaban. Pero, dónde residía lo extraño de los zapatos: ¿en su flexibilidad? No. ¿Quizá en el color marrón claro? Tampoco. ¿En que las plantillas escondidas le empinaban una pulgadita más del suelo? Tampoco. No. ¿Entonces? ¿En el precio? No exactamente, sino en que habiéndole costado 26.000 pesetitas del ala, como aseguró que por ellos había apoquinado, no hicieran el camino solitos, máxime cuando Santiago dijo que las plantillas servían de colchón-fuelle o muelle, pues almacenaban el aire y lo expulsaban con el apoyo alterno de los pies. Además, luego se comportaron mal con Santiago, como mis vulgares zapatillas de jardinero conmigo. ¡Por poco sacian su sed de mordiscos! Los pantalones... Los pantalones de Santiago desde un principio resultáronme un sí es no es rarillos, más si cabe que los zapatos: de lona ligera y de marca puntual, abultados y profundos bolsillos y una cremallera circular que rodeaba sendas rodillas.

-Y esa cremallera, ¿qué significado tendrá? -me preguntaba.

Llevaba también Santiago un hermoso bastón terminado en punta, a modo de pica o «ijá», en cuyo extremo superior había atado un ramillete de olorosa yerbaluisa con los colores rojo y gualdo que nos acompañó todo el camino, a pesar de que repartió hojitas no sólo entre

quienes emprendimos el camino; también tuvieron su ramita los que por una razón u otra se encontraban en la plaza ajofrinerá en el preciso momento de nuestro embarque.

Junto con Vidal, Santiago no se hallaba entre los que más se distinguían a la hora de aligerar el paso del camino, porque de lo que se trata -decía- es de hacer el camino, «aunque dure lo que dure»; Vidal, porque hasta que su cuerpo entero se predispone a la tarea de caminar han de pasar tres cuartas partes del trayecto.

-Sí. No te rías, que no es broma -me decía Vidal en el «Oasis» de San Pablo por la tarde-noche. Primero entra en funcionamiento un pie, el izquierdo; luego la pierna entera. Después ocurre lo mismo con la otra pierna: pie primero y luego pantorrilla y muslo. También es el brazo izquierdo el primero que se calienta y, al instante, braceo con los dos. Pero hasta que esto ocurre han pasado más de tres horas...

En cualquier caso, en el «aunque dure lo que dure» de Santiago intuía yo una grave dejadez que aumentaba mi desazón, porque todo ello descubría ya con palpable nitidez la sobrepelliz de la imprudencia que desde tan temprano habíamos empezado a alimentar, sobrepelliz que ya empezaba a ponerse delante de los ojos de manera insistente, porque aunque pareciera que estábamos en camino, el camino aún estaba por hacerse a estas alturas de la ruta.

¿Cómo caminará esta gente de aquí en adelante? ¿Qué pasará en estos treinta kilómetros que aún quedan?, ¿llamarán al «coche escoba»? ¿le habrán llamado sin yo enterarme y detrás de aquel cerrete...? ¿Acaso el camino transcurrirá entre inmensas umbrías y praderas alfombradas de hierba fresca y retozona que amortigüen el sofoco de la calor garantizada? En cualquier caso, consideraba con Paulino que el ritmo conversacional de la marcha no era el adecuado en estos primeros pasos de nuestra peregrinación, que no se aprovechaba la fresca que nos brindaba, como despedida, la hora de la mañana.

Ventura, la prudencia personificada, me resultaba hartamente extraño en esta ocasión: se dejaba llevar por los minúsculos detalles que él mismo buscaba y por los que cualquier romero, o afín, le presentara como tradicional, sin reparar, quizá confiando en sus propias fuerzas, en la que nos estaba acechando. Yo, conociéndole, me dejaba guiar montado en mi desidia.

-Que no han venido los burros, ¿qué a mí? Ya lo arreglarán de

buena manera. Que no han preparado un auto de avituallamiento hasta Cuerva supletorio de los borricos, será porque no haga falta; que tardamos en salir y que hacemos demasiadas paradas, será todo ello conveniente. Que ha de ser el 14 de agosto cuando hemos de reivindicar esta ancestral romería desde Ajofrín a San Pablo por la Sierra del Castañar y no en abril ni en mayo, pues bendito sea el Dador que todo lo hará como más convenga.

¡Bendita desidia la mía que me trasladaba en los inicios de aquella mañana ajofrinerá al niño aquel, ¡ay!, que escuchaba a su madre reñir a la luna porque desde el alero del tejado se empecinaba en embelesarle con gestos extravagantes y amagos de calentura!...

Con camiseta de algodón, sombrero también pajizo de ala dos pulgadas más ancha de lo normal caída hacia abajo -no recta- sobre el que colgó la escarapela, el pañuelo bicolor anudado al cuello, pantalón corto, calcetines blancos de hilo blanco entre zapatillas del cuarenta y cuatro, cayado de verdadero romero terminado en pica y una bolsa en bandolera, venía Ventura como un padre franciscano entre el grosor de la comitiva dando la verdadera imagen del peregrino ancestral.

Caminaba también un mozo alto y erguido y pelo de peropincho que dijo llamarse Oscar. Había nacido en las montañas de Santander, patria chica que no conoce; vive en Madrid, pero es amante de Los Yébenes y de sus montes. Blanca en exceso era la color de su rostro en la plaza de Ajofrín, en donde se presentó sin sombrero ni sombrilla, por lo que de su prudencia, cuando le supe entre «los adelantados», la tuve por «verduras de las eras». Pantalón vaquero de lona prieta y nada ligerita, como la del mío, camisola de algodón y cómodas zapatillas que yo le habría cambiado por mis alpargatas de jardinero, como es la verdad.

Sí, en verdad, le hubiera cambiado mis alpargates azules de mecánico. No obstante, por si sirve de descargo, al fallar los borriquillos que habrían de acompañarnos por estos parajes, dejamos lo más abultado del equipaje en la furgoneta que nos encontraría ¡en Cuerva! «y que» a las trece o trece y media, «hora aproximada de llegar». Y en un bolso rojo iba un pantalón corto y unos zapatos que, alternados con los alpargates granulados, me habrían puesto en Cuerva con más comodidad que las solitarias alpargatejas de suelo de goma. Oscar también llevaba macuto y el pañuelo monteño atado al cuello y una

buena vara que le deparó el camino por cayado. Tuvo a bien hacer el trayecto con Santiago y Vidal.

Pues bien, siete romeros, siete, que la ocasión bautizó con el recuerdo de **Los siete niños de Écija**, aunque saliéramos de Ajofrín con el muy alto encargo de «Adelantados», de lo que ya dejamos constancia.

Y el camino se hizo asfalto antes de tocar Mazarambroz; y antes de dar con las primeras casas, en el mismo filo de la carretera, junto a unas piedras de suave granito que hubieron de servir de amuellado tálamo nupcial la noche anterior, encontramos varias piezas de anticoncepción humana, usadas unas, sin estrenar y deseosas de ser estrenadas más de cuatro, que nos arrancaron comentarios tan ocurentes como éste:

-Sí señor. Tres como mínimo -alguien habló haciendo recuento, grosso modo, de las piezas usadas. Bien hecho: por haberlos usado y por dejar la contraseña a algún colega desproveído.

Bastante más grande de lo que creía es Mazarambroz; pueblo al que tantas veces fui invitado a visitar por mi amigo Manuel Romero Carrión, dueño y señor que era de la torre-vigía, y, todas ellas, por un quítame allá esas pajas, hallaron siempre la excusa de la que hoy reniego. Con un barrio nuevo, más urbano que rural, de casas con doblado y tejados a dos aguas nos recibe esta villa de resonancias árabes. Grandes casonas, muchas labriegas, de anchos corrales y puertas altas de madera claveteadas con abultadas cabezas; otras solariegas, con escudos e insignias heráldicas en frontales y portales adintelados, y ventanas y balcones de labrada rejería. Arcos, jambas, sillares de granito, puertas con manos femeninas por aldabas y llamadores, fornidos cerrojos formando cruces, postigos de sabor clásico, tan clásico que nos trae al Cid y a la «niña de nueve años» al cruzar Burgos camino del destierro.

Banderolas colgadas en líneas paralelas nos dicen que Mazarambroz está en fiestas y nos conducen hasta la plaza de la iglesia, que se nos brinda como escenario en el que hubiera ocurrido la más incruenta batalla campal de todos los tiempos celebrada con armas arrojadizas: vasos de plástico de todos los tamaños, vacíos y semillenos, abollados y nuevecitos; pisados o aplastados con saña otros; latas de cerveza y de refrescos de todos los colores. Los palotes de los helados

eran lanzas destrozadas en el fragor de la batalla; y los papeles, algún globo semihinchado juguete del vienteçillo, confetis blancos, rojos y azules, cintas y banderas yankis e inglesas rotas, boletos sin suerte de la tómbola, cucuruchos de papel acartonado y demás envoltorios con olor a churros, se dirían menudencias de botines y fragmentos ensangrentados de armaduras y de ropas chapadas...

-¿Qué ha ocurrido en Mazarambroz? -preguntamos preocupados al barrendero que da cuenta con parsimonia de los estragos de la batalla.

-Fiesta a to trance. ¿No lo veis?

-¿Y Blas?

-¿Qué Blas? -pregunta a su vez mosqueado el funcionario creyendo que hablamos del «Blas de la fiesta».

-El Alcalde -responde a su vez Vidal, el de Los Yébenes y Alcalde Honorífico de los toledanos montes.

-¡Ah, el Alcalde! ¡Tú verás adónde va a estar a estas horas el alcalde! pues durmiendo. ¿No veis que estamos en fiestas? Y en las fiestas hay que trasnochar, quieras o no, porque aunque no quieras, te va a dar igual: de ninguna manera vas a dormir. ¡Qué coños vas a dormir con la música!

-¡Vaya, por Dios! Si es que... -argumento con cara muy seria.

Cuando se levante Blas le das recuerdos de Vidal, el alcalde que fue de Los Yébenes. Así le dices. De Vidal. Sí, de Los Yébenes.

Una mujer oye que hacemos el camino de la romería de la Virgen de Gracia, y también se emociona, y nos propone visitar la iglesia, a lo que asentimos privados ya de cualquier nota que se aproxime a la prudencia, y lo anoto en mi cartera con frecuentes parpadeos.

-Esperen ustés que voy a buscar la llave. Ahora mismo vengo -dijo la dispuesta señora, colaborando sin intención con nuestra propia insensatez. Yo me entregaba apacible al abandono colectivo y aguardaba con curiosidad lo que el grosor del día nos tenía aparejado, porque, indudablemente, el grosor del día, con todo su rigor habríamos de pasarlo por el terreno bravío de El Castañar. Y pensándolo, parpadeaba y volvía a sonreír porque veía una disparatada aventura en el horizonte, sin saber qué parte, ni qué signo -ni me importaba- ocuparían a mi persona. Yo sonreía intranquilo y retador y parpadeaba.

Tardó, exactamente, diez minutos en regresar, y ya las manecillas del reloj estaban más cercanas de las diez y media que de las diez.

-Pues miren ustés. No encuentro la llave. Discúlpenme por haberles hecho esperar -dijo la mujer como si intuyera que era partícipe de nuestra fechoría, cuando el hecho de no haberlas encontrado redundaba en nuestro propio beneficio.

-Nada, mujer, por Dios. ¿Dónde hay churritos? -respondió y preguntó Santiago a su vez ajeno al momento, a la hora y a la que nos esperaba con cuernos, rabo y cuchillos en la boca.

-A estas horas... A estas horas sólo en Ajofrín, pero, claro, como van ustés en esta otra dirección, pues...

-No se preocupe, estarían fríos cuando llegáramos aquí con ellos. Y los churritos hay que comerlos calentitos. Muchas gracias, señora, -decía Santiago entregándole una ramita de yerbaluisa, y nosotros a lo nuestro: a hacer el camino. Vamos -terminó lleno de rescoldos rocieros.

Una placita nos trae el rollo-picota entre casas con reseñas históricas, y el nombre del Cardenal Cisneros en el frontal de la calle y el de la Finca del Castañar nos sacaron de este pueblo, que ahora habría sido conquistado por cualquier enemigo en un santiamén, y nos hacen recuperar nuestra condición de peregrinos. Y por el camino, con más norias a la verita, vides, algunas hojas de cereal, almendros y más vides con olivas intercaladas, hicimos la primera parada innecesaria del camino. El reloj apuntaba las once y media y Mazarambroz quedaba sólo a tiro de ballesta.

Quizá lo más positivo de esta parada fue que me hice cargo del macuto de Vidal, y ya no lo solté hasta los aledaños de Cuerva, cuando a punto estaba de soltar mi ánimo también para siempre.

Unos manzanos con la fruta dura aún y unos membrillos agónicos por la sed hablaban de la proximidad de un arroyo, y al subir un remonte, unos zarzales, juncos agrupados, álamos frondosos en familiar tertulia y la inutilidad de un puente sediento, lo confirmaron. Nuestra proximidad espantó varias familias de perdices que, veloces y sinuosas, se fueron a encaramar en el cogollo de un cerrete. Y a la sombra, de la que no quise participar sino picoteando algunas sabrosas moras, los restantes niños de Écija dieron en abrir el fondo de los macutos y aparecieron las fiambreras y las botellas del agua que ya habían aventado la frescura de su ser. Sólo me hice con la bota del amigo Paco para besarla, agradecido, un par de veces.

Santiago y Vidal se habían sentado sobre el tronco de un árbol

con la misma tranquilidad que si hubieran tocado los confines de Cuerva, y ello, más su paso conversacional durante la ruta, más la reiteración de Santiago de «aunque dure lo que dure», aumentaban mi intranquilidad y mi regusto por la aventura que estaba seguro ya nos aguardaba antes de llegar a Cuerva. Porque si antes no había frío, ahora el calor se hacía notar; si las chicharras eran mudas en los primeros olivares, rechinaban ya con ahínco; si antes ignoraba la palabra agua, porque ¿para qué?, ahora después de ocho kilometritos, no me hubiera importado refrescarme de arriba a abajo nada más por placer, porque sí.

Al reanudar el camino, me uní a Paco, que llevaba el paso más ligero, y juntos llegamos hasta el Arroyo de San Martín de la Montaña, seco y también dolorido: se lo ha tragado el Guajaraz, y dolorido porque la gente romeril que hoy conmemoramos, aquí mismo, en el común de los caminos, extendería, placentera, su avituallamiento entre estos fresnos frondosos y centenarios. Aquí levantaron una pétrea cruz sobre un hermoso fuste erguido en el dorso del granito y escribieron una leyenda, apenas legible, y una fecha, 1702. Pues bien; esta cruz está recluida en los espinosos brazos de vallas particulares. ¿Por qué? La verdad es que me indignó y propuse a Los Niños de Écija no dar un paso más sin haber antes destrozado la valla.

-¡Eso es. Ni Dios ni lo de su incumbencia puede ser acotado! -dijo alguien.

-Si destrozamos la valla, sí que hubiéramos sido de verdad los famosos de Ecija. Protestemos con energía porque la cruz ha de estar en el camino, donde hacían la primera parada los primeros romeros, y no secuestrada detrás del alambre. ¿Pretendieron protegerla? ¿De quién? Esta cruz u otra anterior la levantaron los romeros de Ajofrín en lugar público, pues público era y es el camino.

-Lo que no entendemos es cómo no ponen en los caminos privados minas anticarro. ¡Sólo faltaba ver letreros rojizos que pregonen: «Peligro. Campo común minado».

-O que cada uno acote para sí lo que quiera del camino.

-¡Un buen impuesto sobre el metro de valla...! En fin.

Mirando la sed del río, me acordé de los colmeneros, pastores, ballesteros y labriegos de estos pagos que eligieron a San Martín de la Montaña por patrón, y en su honor levantaron una ermita, junto a las

fauces de este arroyo, allí, en pleno bosque, donde termina la raña. ¿Qué habrá sido de la ermita?

-Hoy forma parte del «chalet» del dueño de la finca.

-¡Vaya, por Dios!

Aquí se dio cuenta del agua y de casi toda la comida que portábamos. Sólo parecían inagotables la cantimplora de Ventura y la bota de Paco, más el frescor de ambos embalses habíase evaporado al cielo también, como la prudencia y la medida de los presentes romeros y la caridad de muchos de tus vecinos, amigo lector. Antes de retomar la caminata, averigüé el significado de las cremalleras de los pantaloncitos de Santiago al sorprenderle afanado con las mismas mientras refunfuñaba algo ininteligible. Me quedé, como el perro que halla la pieza en la cama.

-¡A ver qué saca este tío de las cremalleras de los cojoncios!

Cuando, ¡zas!, las cremalleras que se deslizan formando un aro en torno a sendas rodillas, y las patas de los pantalones, llamadas también «perneras», se despiezan en dos, de modo que la parte de abajo se independiza y se convierte en pieza de quita y pon.

-¡Toma, maroma!...

-Claro, Vidal -decía por enésima vez Santiago colocándose el cabello a lo «bonaparte». El fallo, el fallo principal en el día de hoy te pertenece a ti, por no haber traído los burros. ¡A ver! Ahora yo metía estas dos piezas en las aguaderas y antes habría sacado mi botella de agua fresquita, o el botijo, y antes... ¡Pues na! No va na de traer los borricos a no traerlos.

-Pues de traer los burros a no traerlos, va -dije con la sola intención de terciar-, va, lo que de la noche al día.

-Lo que de la noche al día y del verano al invierno -apuró Ventura comprendiendo la intención. Yo quise añadir «y lo que de lo blanco a lo negro», pero ya no fui capaz de articular palabra.

-Sé yo ayer que no hay burros, y lo preparo todo de otra manera, ya lo creo. Este es el fallo, Vidal, no le des más vueltas -terminaba diciendo Santiago limpiándose las últimas -o penúltimas- gotas de sudor que aún le quedaban, ¡con lo que faltaba aún de camino!

Eran las 14,15 en todos los relojes de los romeros, incluso en el reloj lisboeta que marca el tiempo en sentido contrario. El sol sacaba brillo en las aristas de la arena, en el dorso del granito, en los muñones

talados de las encinas y en toda la manta pedregosa de la raña. El dorso de la Sierra de El Castañar, a nuestra izquierda, sobresalía azuloso y arrogante y nos miraba entre indiferente y burlón. El holgorio estridente de las chicharras cobraba fuerza desde su omnipresencia invisible.

Los conejos brotaban alborozados por todas partes. Algunos se perdían veloces para siempre; otros corrían una veintena de metros y se detenían en un alto estirando las orejas y moviendo los pelos del bigote y nos invitaban a ir a cogerlos; muchos amortiguaban nuestro supuesto peligro y se reunían en la sombra de varios chaparros. Nosotros, en grupos de dos en fondo, quizá para aventar lo que se empezaba a cernir inexcusablemente sobre nuestras cabezas y también por los costados, decidimos, de forma espontánea, contar chistes. Y alguien dio por muy cierto que un buen hombre, nativo de Arisgotas, que había pasado el día en el monte hasta llenar dos sacos de cuernos de ciervos, se acercó a Los Yébenes para venderlos. Esto ocurría cuando por los cuernos de venado y de ciervo, lo mismo que por las cabezas de lagarto y de culebra, pagaban los guardas unas pesetillas. Y como llegara con semejante equipaje al bar que está «piedepuerto» y el dueño le viera:

-Hoy sí que traes materia, Faustino -dijo festivo y saludando.

-Ya ves, dos sacas. A ver qué me dan. ¿Veinte pesetejas?

-Mételos ahí en el trastero de los servicios. Arrímalos bien, no sea que alguien que venga vaya a lo suyo apurao y «trompiece».

-Descuida, que bien arrimaítos a la paré los dejaré. Ponme entretanto un botellín. Sí, fresquito.

Y el de Arisgotas pedía el segundo «fresquito, como el de endenantes», cuando apareció un nuevo cliente.

-Ponme un botellín, majo. Contrimás fresco, mejor. ¿Dónde tienes los servicios, majete?, que vengo calao.

-Mira, ahí, tras de esa puerta. Ten cuidao y no te topes con los cuernos -le advirtió humanamente Macario, el amo del bar.

-No te apures; yo siempre que cruzo una puerta, o entro de lao o me agacho.

Desde el arroyo hasta las puertas de la finca de El Castañar, lo hicimos en varias paradas, lo que ya me hacía mirar el paisaje, la hora y sus alrededores con el ceño fruncido. Una de ellas fue más prolongada porque la cima del camino hizo sobresalir entre los claros del encinar el caserío de la finca y la estampa del renombrado palacio. Y mirándolo,

nos acordamos del cardenal Cisneros, aquel buen franciscano que, ansiando la paz y el sosiego que conlleva el retiro, acogióse a estos pagos huyendo de los dimes y diretes de la alta política cocinados entre las murallas de Toledo. Y no llevaba dos días en estos parajes, cuando recibió una orden de la reina Isabel con la que urgía su presencia en Toledo «sin protesta ni dilación». Y nos acordamos también de los Templarios, aquellos agerridos frailes-soldados que fueron vilipendiados por las deudas del rey de Francia y la conveniencia de un Papa endeble, y figuran como los primeros pobladores del Castañar; y de los primeros ermitaños que aquí adorarían a la Virgen Blanca...

Los seis kilómetros que separan la puerta de «entrada» de la de «salida», lo hicimos en tres grupos bien diferenciados: Paco abría brecha como verdadero «adelantado»; Ventura, Paulino y yo mismo, aunque estábamos más cerca de Paco, marcábamos el fuelle del acordeón con los tres Niños restantes que, ajenos al orden de la ruta, hacían cuantas paradas creían pertinentes, «porque lo importante es hacer el camino, aunque dure lo que dure, ya lo he dicho mil veces» -recordaba Santiago debajo de una encina común.

La arena del camino sacaba fuego de la goma de mis alpargatas, de manera que, ora pisaba ortigas, ora pisaba ascuas vivos; y la arena del camino y sus cristales relucientes y aristados, la goma a punto de derretirse, la costura de los calcetines granates mal colocada, abrasaban mis plantas y, todo rabiosas, mordían las almohadillas que dan arranque a los dedos gordos de mis pies. Las chicharras, sin duda, se habían conjurado para intensificar su rechine hasta convertirlo en modorra cada vez más insoportable; la reverberación se colocaba delante del camino en forma de chispas de níquel y no era posible esquivarla; el sudor ya se había agotado y sólo quedaban sus huellas saladas, reguerillos que bajaban por los brazos y por los canalones de la frente.

Aquí, por este camino arenoso y empinado en el filo de la Sierra del Castañar, amenizado sólo por encinas podadas que intensifican su disparatada figura, y carteles rojizos con «Peligro. Ganado bravo», me acordaba de aquellos ciclistas que han nacido para campeones: cuántas veces, sudorosos y esforzados, suben puertos interminables sin acordarse de que llevaban un bidón de agua al alcance de la mano. Y es posible que se acuerden, como ocurría con el gran Induráin, pero no bebían porque tenían asimilado el sufrimiento heroico de los campeo-

nes. Así deberíamos obrar nosotros si queríamos llegar a buen puerto, al oasis prometido de Cuerva. Y desprovisto de cualquier intención heroica, acordábame también de los ascetas que hallan en el dogal de la mortificación la recompensa de sus anhelos; acordábame, incluso, de los simples romeros que bendicen a Dios por la aspereza del camino. Sí, de todos ellos me acordaba, pero concluía que todo ello es signo de santidad y quien suscribe no tiene nada de héroe y es, con «fiereza», humanamente humano.

En la puerta de salida, tres robustas encinas se agrupan para adensar su frescor, y allí aguarda Paco, y allí llegamos nosotros y esperamos al resto, y allí liberé mis pies por vez primera de los alpargates y vi la acción sañuda de la costura del calcetín, la violencia candente de una suela de goma y el distinto comportamiento de la arena y del sol mismo en El Castañar y en la playa, pongamos por caso, del Sardinero. Santiago también liberó los suyos, y extrajo las plantillas que golpeó fuertemente contra el tronco de la encina porque «y que» no refrigeraban a su agrado, por lo que sus zapatos dieron en comportarse malamente, como mis vulgares alpargatas. De modo que le sacaron dos o tres ampollas y un sí es no es de mordisco.

-Y eso que te conocen -dijo Ventura a Santiago mirando la saña de los zapatos.

-Pa que veas. Cría cuervos -respondió Santiago golpeando las plantillas contra el tronco, «pa que refrigeréis».

De vez en cuando, una ráfaga de brisa, en saltos ecuestres, llegaba hasta nosotros y nos arrancaba una sonrisilla llena de ingenuo agradecimiento. A la derecha, en un alto había una casa y Ventura fue a inspeccionarla, olvidándose de que pudiera salir algún perro a saludarle, aunque fuera una «careta». Detrás de la casa se abría un camino que, probablemente, cerrara en Cuerva, tierra tantas veces deseada en esta hora de resistero, pero lo ignoramos y seguimos la línea recta que traíamos. Mas, al reanudar la marcha, las piernas ya no eran las mismas, ni los pies tampoco. Tampoco era el mismo el vigor del sol, ni el canto de las chicharras: ahora todo arreciaba más denso y aplomado a nuestro alrededor: jaras y retamas agónicas, reseca carrasca y arena en el camino ascendente. Los «móviles» «y que» se habían quedado sin cobertura.

¡Lo que nos faltaba! -se lamentó Santiago. Esto es más grave. Sin

agua, sin comida, sin sudor ya y sin cobertura. Porque ya no puedo llamar a mi hijo que venga con el «tot terreno» y me traiga el bolso-nevera...

-¡Santiago, por Dios! No nombres la sog a en casa...

-En casa del ahorcao -remató Paulino.

-Déjate de neveras, de botellines, de antártidas. Piensa en el desierto, en los saharauis, en... -propuso Ventura.

-Sí, pero sin burros, Vidal, que esa es otra, sin agua, sin cobertura; y con sol, y calor...

-¡No va a hacer ahora frío! Déjalo para enero -dijo Paulino con el sentido común y el razonamiento de un agustino.

-En fin; sin todo eso y con todo esto, a qué aspiramos -terminó Santiago.

Paco ya había puesto pies en polvorosa, cuando divisamos un paraje que en primavera ha de ser un paraíso: fresnos, arces, acacias, juncos y juncias, zarzales puntiagudos, tamujos y escobañas abrasados, mimosas, a la orilla de otro arroyo desdentado por la sed. A la derecha, en lo alto, piedras de granito componiendo figuras fantasmagóricas: unas cabalgando sobre otras en posturas inverosímiles; otras simulaban sillares cuarteados por sabios picapedreros colocados en equilibrio arquitectónico; una parecía un camello adornado con sus dos jorobas. Sobre todo ello planeaban dos águilas.

Un par de paradas, ya obligadas, hicimos para esperar a los «ecijanos» retrasados y para calmar la saña de los alpargates. La última fue ya coronada la franquicia de una puerta en la que el camino se bifurcaba con la misma indiferencia hacia el noreste que al noroeste. Un extremo del camino prolongado en siete u ocho kilómetros, en el decir de Paulino, «y que» conducía a Cuerva; el otro, en la longitud de la palma de la mano, a Ventas. Ventura era más dado a buscar Cuerva; Paulino, Ventas. Yo, viendo que el oasis prometido en los primeros albores de la mañana quedaba harto lejos para mis fuerzas y comprobando que, definitivamente, la prudencia y la prevención habíanse hecho celestes, arrimábame más a la propuesta de Paulino, máxime cuando creía que Ventura se había adelantado a inspeccionar el terreno y quedábamos solos, cual mudos y desfallecidos testigos del género humano, el septuagenario Paulino y yo, débil y calenturiento, en aquel encinar achicharrado y achicharrante.

¡Qué duras y amargas me las prometía ya! Aquí ya palpé la aventura cuajada en las lindes de Ajofrín en la figura de una extraña mujer por su hermosura: insinuante y pagana aparecía cubierta toda de pámpanos en el filo de la mañana. Durante el camino se iba despojando de los sarmientos y yo me los llevaba a la boca. El zumo me resbalaba por la comisura y yo lo retiraba con las manos y luego lo esparcía por la frente, cada vez más calenturienta, y los ojos de vidrio. Ella cada vez más desnuda, yo cada vez más borracho por el sabor agrio de los tallos. Ahora aparecía más próxima, casi al alcance de la mano, y ya casi desnuda, pero la embriaguez nublaba mis ojos y doblé gaba mis piernas...

¡Qué poca gracia me hacía ya el camino! ¡Qué poco agradecía al astro que siguiera tan impasible y plenipotente a las dieciséis horas como a las trece y a las catorce, y mucho menos su indiferencia hacia un pobre hombre más urbano que rural para no ser, a la postre, ni lo uno ni lo otro; hacia un hombre que madrugador salió de Toledo con la esperanza de pasar un día agradable a la vera del camino; que dejó Toledo, la ciudad, con la única intención de que las huellas selladas en la senda sirvieran de reclamo a una romería rumbosa y tradicional; que se alejó, en fin, de Toledo y de su río «cabdal», con la alegría y la ingenuidad del romero que quiere hallar en la aspereza del camino la dádiva aromada de su trabajo al final de la jornada!...

¡Pero, Señor, mírame, que fenezco antes de llegar a Cuerva!

Y no bien habíamos emprendido Paulino y yo el resto de la caminata que orientaba a Ventas, cuando nos asaltó la voz de Ventura que, cruzada en medio, nos hizo tomar la vereda de Cuerva.

-Como quieras, pero empiezo a ver chirivitas, y a no ver. A veces veo poco claro; las más, más turbio. Mira -le confesé- hace más de dos horas que no sudo; lo agoté subiendo El Castañar. Por no tener, no tengo ni sed, ni nombre, ni día de cumpleaños.

-Vamos por aquí. Paco nos espera en el pozo. Allí hay unos álamos y muchas pilas. La bomba saca el agua muy fresca. Vamos.

Desde aquel instante, el paisaje agreste y serrano se me figuró un desierto en el que las encinas y los altos matorrales eran dunas movedizas de arena: el pozo, el oasis, próximo y lejano. Cada curva esperaba que trajera la llanura con los álamos; pero las curvas escondían un repecho y luego otro. En el penúltimo, ya la risa deambulaba a sus

anchas, ajena a cualquier control posible. Allí, a la sombra de unos chaparros que, bien guiados, habían adquirido cuerpo de encinas en ciernes, nos sentamos otro rato solicitado por mí, agónico y amarillento. Lo que divisábamos del camino acababa en otro repecho a más de doscientos metros de donde estábamos.

-Detrás de ese repecho deben de estar los álamos.

Y en efecto; a más de kilómetro y medio en fondo, se veía un grupo de álamos haciendo tertulia, pero no en nuestra dirección; y más al fondo, a la derecha de la ruta, otro rebaño de álamos, mucho más lejano que el anterior. A quinientos metros, la manada de bueyes sesteaba en la loma desnuda.

-Habrá agua por aquí, pues -me dije sin abrir la boca.

Pero el agua, como todo lo sensato, se había evaporado también. Eso era lo que pensaba desde mi agonía, blanca unas veces, otras amarilla y amoratada, en el decir de Ventura. Paulino no había querido beber durante el camino. «Y que» era peor beber. Ahora enmudecía y flaqueaba a mi lado.

-Caso raro -dije. ¿Cómo es posible que ya sin encinas por ninguna parte insistan con tan mala enjundia en chirriar las chicharras? ¡Y mira que ponen afición, las brujas!

En ese instante, sin aguardar más comentarios, viendo que mi cita con la que nunca ha de faltar se aproximaba multicolora y con risas descontroladas, Ventura nos dejó en el filo de una sombra y se fue a buscar ayuda camino de Cuerva.

Porque sí, Cuerva, como el oasis, aparecía y desaparecía en el frente, pero ya ni el bueno de Paulino ni yo podíamos soportar el juego macabro de las dunas. Por tanto, desde el socaire de la sombra de los postes de una puerta campera y con la agonía de la cantimplora y el remedio de un jugoso melocotón, esperamos el regreso de Ventura de la tierra deseada. Y apenas traspuesto, una ráfaga de aire trajo su voz hasta nosotros. Hablaba con un aldeano que a la sombra de su «pachanga» esperaba a un viajero, y le pidió que nos socorriera. Y lo hizo. Y como Ventura continuara el camino hasta la villa, le recogimos, de modo que en auto cumplimos el último kilómetro que nos dejó en el kiosko mismo de la plaza, junto al estrambótico motorista.

Allí, con el codo apoyado en la barra, desesperado por nuestra tardanza, estaba José Luis, un voluntarioso joven yebenero que desde

Ajofrín salió hasta Cuerva con todas nuestras pertenencias a bordo de la furgoneta, adonde deberíamos llegar a ¡las trece o trece y media!, «como mu tarde», remachó Santiago al iniciar la ruta. Mientras, yo jugaba complacido con mi desidia, con el abandono del niño aquel cuya madre reñía a la luna porque, a hurtadillas, intentaba embelesar a su hijo.

No habíamos comido prácticamente nada durante el día, pero fueron dos vasos de agua con azúcar los que me devolvieron, medianamente, a mi primitiva figura y primera color. Paulino dijo que a él también, y mientras lo decía, Ventura se fue con José Luis, el joven más añoradado en toda la serranía del Castañar, a buscar al resto de «adelantados» por el camino que habíamos traído nosotros. Y a la altura de los poste-refugios, diéronse la vuelta, una vez que ya «teníamos cobertura» y el móvil dijo que los «adelantados» venían con más de una hora de retraso y se habían internado por la ruta que conduce a Ventas:

-Mira, Ventura. Aquí mismo esperaremos que lleguéis. No damos ni un paso más -y que dijo Santiago detrás del auricular. Vidal y que asintió con la cabeza. A Oscar, joven y en forma, por lo que luego dijo, le daba igual esperar allí o continuar.

Así pues, regresaron al kiosko; y con provisión de agua nos fuimos hasta Ventas, y en la sombra caliente de unas acacias, Paulino y mi reencontrada persona les aguardamos. Allí se presentó también el hijo de Santiago, otro fabuloso punto de apoyo desperdiciado en esta ocasión por «falta de cobertura», sobre todo por falta de cobertura.

## II

No habíamos comido prácticamente nada en todo el día, esa es la verdad, pero el hambre se había también evaporado, al menos de mi humilde cuerpo. No obstante, nos dirigimos al «oasis» sampableño y dimos cuenta de tres o cuatro buenas ensaladas salpicadas con una plaza de toros llena de carcamusas. Y entre el sí y el no recobré mi espíritu en toda su extensión, y lo mismo vi reflejado en el rostro de los demás peregrinos y ahora comensales, **Los Siete Niños de Écija**. Pero comiendo, entre el claroscuro que dejaba pasar el frondoso enramado de las parras, vi tan cambiada la color de Oscar que dudé por momentos

si era éste el joven que salió con nosotros de Ajofrín y el que nos había acompañado durante la travesía; mas por temor a que la luz me jugara una mala partida, aguardé hasta salir a campo abierto. Y ya en la explanada, le pedí que se inclinara un poco para observarle mejor, y le ladeé la cabeza buscando el trasluz:

-Tú eres Oscar.

-Sí, claro.

-¿Y tú has hecho el camino con nosotros?

-Claro, hombre. Déjate de guasa, profesor.

-No es guasa. Es que estás totalmente transformado, y sólo de la parte de poniente; es decir de la parte que cogía plenamente en sol. Tienes todo este lado acangrejado.

-¡Ah, te refieres a eso! Sí, yo rápidamente cojo el sol.

-Ya lo veo, y tanto que hasta puedes pasar por otra persona, y más ahora, que estás como si hiciera falta dar una vuelta la carne de la parrilla.

-¿Cómo lo has pasado, Oscar?

-Fabuloso.

-¡Cómo me gustaría escucharte cuando lo cuentes a los jóvenes que te trataban de loco por venirte con unos carrozas!

-Ellos se lo han perdido.

-Y lo que nos falta aún. Ya verás.

Y repuestos, nos hicimos con provisiones para la noche y la comida del siguiente día, y conseguidas, la furgoneta gobernada por Vidal la emprendió hasta el convento que, como antes dijimos, lo habíamos elegido por parada y fonda. Y mientras subíamos, no pudimos reprimir, entre lamentos, las maldiciones sonoras para el causante del pavoroso incendio...

Yo recordaba el estado lamentable de estas venerables ruinas y el color aviejado de la piedra: fustes, trozos de arquería, dinteles, unos en pie, otros por los suelos, basas, piedras talladas, anagramas marianos, todo entre el pastizal del patio. Paredones en cuyas entrañas aparecen las raíces feroces de las higueras, de los ciruelos, de los nogales y parras; de la hiedra pastoril, de los zarzales; arcos desnudos y arranques de bóvedas, hornacinas vacías, pilas de agua bendita sedientas, reseñas de ventanales que no miran a ninguna parte, contramuros con su esfuerzo inútil de no sujetar casi a nada... Ahora me había vuelto a encontrar con todo ello.

-Mira -dice Paulino. Ahí estaba la cocina y aquí el refertorio. Aquí la sacristía. Esto era el cuerpo de la iglesia y éste era el patio interior.

-Abajo estarían las celdas, ¿no?

-No. Las celdas estaban arriba. Ahí tenían los frailes la bodega.

-Paulino, ¿toda la piedra del convento está aquí? ¿Se podría reconstruir tal cual era?

-Sí y no. La piedra no está aquí toda. La mayor parte de la que falta está en la iglesia del pueblo. Por tanto, si se trajera esa piedra y la de esta casita que he hecho aquí y alguna cosita más, sí se levantaría el convento como era en el principio.

Salimos fuera de estas ruinas y encontramos los perales avariciosos en su generosidad, y los ciruelos claudios, y las moreras, y los almendros, y los manzanos, extendidos en la barrera de la huerta. Abajo, a doscientos cincuenta metros, San Pablo; al frente, de derecha a izquierda, Mazarambroz y, de paso, intuimos a Ajofrín; Layos, Pulgar, Gálvez, Menasalbas y todo un rosario de pueblos que aguardan al cierre de la noche para brillar con luz propia. Al noroeste, la Sierra de San Vicente y aquí, salvando el pueblo, el castillo de Dos Hermanas, de Navahermosa, y el de Montalbán formando una «uve», y las famosas canteras de mármol jaspeado que engrandecieron el Real Sitio de El Escorial.

Pues allí, en la más envidiable de todas las plataformas monteñas, extendimos los manteles sobre el pasto alfombrado y despertamos el hambre y no dimos tregua a la sed. El sol se había ocultado cuando dimos fin a la cena y una algarabía de grillos sustituía, de improviso, la jarana modorra de las chicharras. La conversación picaba en cuarenta temas, pero siempre regresaba a la jornada romeril que acabábamos de realizar.

-Ha fallado lo de los burros -repetía Santiago. Porque si no...

-Ha fallado la cobertura -respondía Vidal.

-Ha faltado la prudencia -decía yo mismo, el más imprudente del grupo mirando a Ventura que se mesaba las barbas.

-Ha fallado el cálculo del tiempo, y que se ha parado más de lo debido. Además, no hemos aprovechado bien la horas de fresca -remachaba Paulino.

-Ha fallado el ritmo -dijo Paco, el prófugo.

Oscar, ¿qué ha fallado? -pregunté.

-Nada. No ha fallado nada -dijo el más joven y vigoroso del grupo. Toda ha sido perfecto. Quizá el atuendo.

-¡Ah, eso es -me apresuré a decir. ¡El atuendo! Para que el año próximo no ocurra otro tanto, propongo que Ventura elabore un decálogo referente al atuendo y a la forma física que deben cumplir los romeros: ejercicios de preparación y lo que hemos de caminar, cómo entrenar desde tres semanas antes, cómo han de ser el calzado y los calcetines; cantimploras y cantidad de agua que debemos portar; gorro o gorra; cayado, garrote o garrota; macuto, bolso o bolsa bandolera, frutos secos, dulces y demás avituallamiento.

-El pañuelo de los Montes.

-¡Botiquín! -dijo Santiago.

-Hora de salida -apuntó Paulino.

-De la de llegada no diré nada -cerró Ventura. De acuerdo. Haré el catálogo y, como en los cursillos prematrimoniales, lo desarrollaremos en El Cambrón. Día y hora a convenir.

-De acuerdo -dijimos sellando con un golpe de manos al modo juvenil.

Con parsimonia y doble regusto buscábamos, caprichosos, un lugar para dormir y, caso curioso, aunque había dos camas que podían acoger a más de cuatro en el interior de la casa, todos, excepto Paulino, acostumbrado a estos deleites, eligimos el pasto alfombrado por lecho inagotable. Y en verdad todo se hizo inagotable: el lecho, la innumerable cantidad de ojos brillantes que se extendían formando grupos delante de nosotros, bien tendidos sin sobresaltos, bien acomodándose en oteros y lomas, lejanos unos, más próximos otros; inagotable era también la sinfonía de los grillos, y el parpadeo metálico de un avión, y la longitud de la «vía láctea» que conduce hasta Santiago de Compostela, y la mansedumbre de la «osa mayor» y de la «menor» también, y la comodidad «del carro», y la estela momentánea de una estrella fugaz, y los millones y más millones de gotas de rocío columpiándose en lo alto, y la música celeste gobernada por la sabia mano de Salinas esta noche de agosto monteño...

Y así transcurría la noche hasta que, de improviso, la badana del pandero, la afonía rabiosa del saxo, la melancolía del acordeón rota en inútiles deseos de ostentoso entusiasmo y el garganteo aguardentoso del cantor de turno, rompieron el embrujo de la hora con «ese toro

enamorado de la luna», el llanto del que se ha quedado sin «carro» por obra y gracia de Caco y ante la despedida «del amigo que se va» y el ritmo des-graciado de «Cartagenera morena». Y a esta compañía acompañó otra de la que no pudimos averiguar quién era el que «cantaba ni de qué rincón salía». Claro, eso importaba poco para cotejar el empeño que ambas bandas ponían por dar ladridos más altos. Es cierto, bien lo sabemos, que, ya ésta, ya aquella, dieron luego en alegrarnos con ritmos regionales en los que entraron en franca competencia las jotas monteñas: suaves y rítmicas las de San Pablo, más melífluas y lánguidas las de Gálvez, recias y penetrantes las de los rumbosos romeros de Ventas; del montón las de Polán, Pulgar y Layos. Colorinas y acompasadas las de Navahermosa.

Luego, buscando «el cierre», mas sin saber cuándo llegaría, ambas bandas tuvieron a bien recordarnos cánticos espirituales que desde nuestra primera juventud, ¡ay!, ya no tarareábamos: «Venís y vamos todos», «viva Santo Domingo, que le ha inventado», decía el machacón estribillo. «Perdona a tu pueblo, Señor», como el lecho, la sinfonía ya inexistente de los grillos, la estela de la estrella fugaz, etc., también se hacía inagotable. Sin embargo...

A eso de las cuatro y media, se presentó el *Cara el sol*, firme y recio, y se llevó de una pajolera vez todo el griterío nocturno de San Pablo de los Montes, regresando a lo inagotable que el cielo y el entorno naturalmente nos ofrecían.

Mas parecía que el sosiego y lo trascendente no estaban de nuestra parte, porque, también de improviso, nuestras hermanas las ovejas que en la huerta pastaban, asustadas, quizá, por tanto silencio recuperado, acudieron en tropel a la ancha explanada que nos cobijaba y faltó un sí para atropellarnos en la duermevela. Y luego los ronquidos intermitentes de Vidal, y sus asiduas preguntas de ¿ya estás dormido? ¡qué suerte tienes!, y su levantarse en busca de la linterna que, ora encontraba, ora no daba con ella, en el fondo de la furgoneta, y...

-Oye, Juanjo, ahí se oyen voces.

-¡Qué dices, Vidal, que la calentura de la caminata ya pasó.

-Lo que te digo, que ahí me han llamado. Cree la voz que me llamo «Juan», porque dice «Juaannn, Juaaann».

-¿Dónde? ¿Y quién es el que llama?

-Ahí. ¡Y qué sé yo! Lo que sí sé es que ese que habla como en

medieval -«Yoannn, Yoaaann», tiene problemas con su sepultura. A ese no le enterraron como debían o como se merecía.

-Pues si es de un monje agustino ya lleva años penando...

Y en éstas, por la parte de Ajofrín, se presentó Aurora con un vestido de tul rojizo coronando la cima del monte, y con la Aurora, Oscar:

-También les contaré a mis amigos la noche y la nocecita que hemos pasado.

Y Ventura, que ya venía del chorro inagotable de la alberca...

Lo más de la mañana transcurrió con el recuento de la nocecita sampableña que por poco no dio en «toledana». El desayuno se desparramó también por toda la mañana hasta convertirse en almuerzo: fruta recién alcanzada con la mano, moras cogidas entre alfilerazos protectores, zumos refrescados con el relente de la noche, leches y yogures de fresa; jamones y fiambres, tomates a punto de madurar, frescos y coloraditos...

«Y en estas llegó» Santiago, que había pasado la noche en el lecho nupcial, con los pies arreglados. Y como se acordara de los míos maltrechos, sin yo acordarme de ellos, me pidió, enérgico y de improviso, que los desnudara y los asentara sobre una silleta que él mismo había adecentado para la ocasión. Y echó agua fría-fría sobre las ampollas y me ordenó que las apretara con hielo. Luego pidió una aguja:

-¿Para qué?

-Para atravesar la ampolla de extremo a extremo.

-Mira, Santiago, no es que tenga miedo, ¡por favor!, pero deja la operación para después de comer, que aún no estoy repuesto de ayer. Por favor, Santi, no vayamos a aumentar la sobrecarga del día de ayer. Necesito pensar en la operación un par de horas, o más.

«Y en estas llegó» Ventura, con afición manifiesta a estas intervenciones quirúrgicas y:

-No sólo la aguja pasada por fuego; también hilo.

-¿Para qué? -pregunté con una riada de sudor ya recuperado.

-Hay que coser -y vi la travesura de un guiño.

-¡Ventura! ¿Coser, así por las buenas? Deja que haga antes el testamento...

-Hay que dejar dentro el hilado para que no se cierren las

perforaciones y salga todo el líquido. Si no hay hilo, vale la hebra de un atillo o la de una cuerda de pita.

-¡Y una sogá, y una maroma también valen! -dije sin miedo.

Y pasado el periodo postoperatorio, ataviados de romeros con lo mejor que poseáramos, decidimos subir hasta la ermita donde nos esperaba la Virgen de Gracia, balcón geórgico roto ahora por la negrura del negro voraz del fuego provocado. Y a esta desolación, se añadió la otra, la de la constante y pertinaz seca: la imagen está en una peana que cubre una roca de la que desde siempre mana un chorro de agua que hace las delicias de romeros y visitantes. Así desde siempre, desde siempre hasta hace medio mes que se agotó el agradecido surtidor, ahora sediento y triste.

Es pequeña la ermita. En su interior rendimos la pleitesía merecida a la Virgen de Gracia y se levantó, como Dios y la tradición mandan, el acta correspondiente de la presente «fazaña» romeril y la firmamos todos y cada uno de los esforzados caminantes.

Con esa sensación de tristeza por el fuego y la sequía y con el confortamiento del peregrino que ha abrazado al santo, regresamos a la venerable ancianidad del convento, en donde, sin querer ni provocarlo, se presentó la hora de preparar la comida. Y allí estaba Vidal comprometido con los Niños de Écija en preparar unas patatas guisadas: tomates maduros, pimientos rojos y alargados y un fondo de pimienta, cebolla picadita, trozos de costilla de cerdo, un puñadito de harina, varios dientes de ajo y una pizquita de sal, fueron sofritos en la sartén sostenida por hermosas trévedes. Y todo ello se echó en la enorme perola -verdadera plaza de toros- en la que se ablandaban hasta cuajarse las patatas recién extraídas de las entrañas de la tierra entre muestras de todo lo anterior, cuatro hojitas de laurel y un chorrito de vino monteño. Y mientras se mezclaban todos los sabores, en otras dos plazas de toros se maceraba el gazpacho.

-Vidal, ¿estas patatas las has cocinado tú? -preguntó alguien cuando dábamos cuenta de ellas debajo de un enorme nogal que reinaba en lo que antes fue refertorio del convento.

-No, tu abuela -precisó Vidal después de haber estado mimándolas dos horitas entre el humo alocado de la coina.

-Pero habrá sido con ayuda del tal «Yoann» de marras.

-¡Qué Yoan! He tenido de pinche a Paco.

Bromas, recuentos del día anterior, apuntes cantados de «ese toro» y de las canciones nocturnas, rotas por la aspereza del pandero y la voz quebrada de los mozos y rompedoras, a su vez, del descanso farylusinao, dimos cuenta de todo el contenido de la cazuela, y con «Venid y vamos todos» invité a los comensales a atacar el gazpacho que, como estábamos todos acomodados en sillas y taburetes, no hubo necesidad de recordar aquello de «cuchará y paso atrás». Y como la comida fue opípara y la bebida no le fue a la zaga, rebuscamos el cobijo de una sombra y encontramos el sueño perdido y errante de la noche pasada.

Por la tarde, con la promesa hecha de que no faltando el tiempo y poseedores de la salud presente, seríamos nuevamente peregrinos el uno de mayo de todas las primaveras desde Ajofrín a San Pablo reclamando el camino que durante más de seis siglos, seis, hicieron los mayores de estos pagos, la emprendimos hasta Toledo, Toledo la ciudad.



Los protagonistas de este relato.

## Montes de Toledo: tierra de refugio

VICTORIANO BORREGUERO VÍRSEDA

Un manchego universal, arquitecto superfamoso y vanguardista, Miguel Fisac, hizo públicas estas declaraciones provocativas, en la noche de San Isidro-84, a través de un programa radiofónico: "La hoy Castilla-La Mancha fue tierra de nadie y allí llegó lo peorcito de cada casa. No tiene así esta Comunidad Autónoma lastres históricos que le impidan abordar un futuro nuevo y sin anclajes que la condicionen".

Ni quito ni pongo a las palabras del de Daimiel pero, desde luego, no aparecen aplicables a esta tierra que se extiende al pie de Rocigalgo. La Comarca Natural Montes de Toledo fue zona típicamente de caza durante el lejano Paleolítico, de pastoreo y labores agrícolas en el algo más cercano Neolítico. Romanizada más tardíamente que la Ciudad de Toledo adquirió muy pronto características propias que tallaron unos hombres de personalidad recia y sedentaria, con creencias y fidelidades basadas en la propia tierra, quizá por el orgullo de su acendrado celtiberismo. Por suerte o por desgracia, Navahermosa, Guadamur, Mazarambroz, Los Yébenes, Ajofrín, Orgaz, Sonseca, Montalbán, Melque..., nunca fueron "tierra de nadie" sino hitos con mil dueños aunque con hombres indómitos ansiosos de libertad. Hombres sin abertura hacia el exterior, orgullosos de sus tradiciones, sus ritos vitalistas que se resistieron secularmente a naufragar ante presiones del cristianismo ortodoxo pero que fuerzan su eficacia con la asimilación lenta de las corrientes nuevas de cada siglo.

Sí, como digo, los Montes de Toledo no llegaron casi nunca a ser "tierra de nadie", sí fueron, por características de una historia de España llena de contratiempos, una "tierra de refugio", principalmente para los mozárabes perseguidos en las mil revueltas de la Ciudad de Toledo.

Historia tan singular hizo de los Montes territorio de difícil acceso, guardado por torres y fortalezas, sin grandes poblaciones pero con una riquísima historia, a veces deslumbradora, muy especialmente en los oscuros siglos de la Edad Media cuando los Templarios establecen la Encomienda de Montalbán, punto estratégico e importantísimo

en la maraña de caminos que unen a Castilla con Al-andalus o con Extremadura. Otras veces la característica principal de los Montes es la división salomónica de su territorio, siempre en poder del más fuerte: los Arzobispos de Toledo, los Maestros de las Grandes Órdenes Militares, la Nobleza, los Reyes, el Poder Municipal... Hablamos de una tierra que fue todo, y muy especialmente simple mercancía en venta, como cuando por 45.000 marabetinos alfonsíes de oro es vendida por el Rey Fernando III el de la espada "Lobera".

Si la Baja Edad Media sirvió para consolidar ciudades, villas y aldeas mediante las diferentes repoblaciones de la Nueva Castilla, en los Montes cada repoblación es ante todo una estrategia, un planteamiento general de batalla entre los protagonistas antes mencionados: el Rey, el Obispo, el Gran Maestro, el Conde, el Concejo toledano... y casi hasta nuestros días, 1855, los propios municipios se ven forzados a firmar documentos que compran su libertad: aquella libertad que era simple mercancía en manos extrañas. Y aunque o todas las poblaciones de los Montes corren la misma suerte -algunas, como Orgaz, Cuerva, Fuensalida, Noez, Sonseca, etc., pertenecieron a señoríos diferentes de los mencionados-, hoy, es claro, todas se encuentran ante idéntico destino: el de sus propios hombres con sus solas fuerzas. Lo que fue "tierra de refugio" necesitó convertirse en "tierra precavida y a la defensiva". Ambos componentes -afán de hospitalidad y desconfianza amurallada- son elementos básicos en el carácter personalísimo de los moradores.

Para personificar al monteño he acudido a un hombre cualquiera, elegido casi al azar en el casino de su pueblo, y he tratado de repasar, con él y junto a él, el poso que las raíces culturales han dejado. Aunque muchas de las características del entrevistado no son extrapolables, siempre aparecen como significativas en el acercamiento que he intentado a esta Comarca Natural de Castilla-La Mancha. Después de hablar con Luciano Martín Pinatel, monteño de 70 años, no valdrá el poema de Alberto Lista: "¡Feliz el que nunca ha visto/ más río que el de su patria/ y duerme, anciano, a la sombra/ do pequeñuelo jugaba!"

## Noticias de la Asociación

### REUNIÓN EN NAVAHERMOSA.

Miembros de la Junta Directiva de la Asociación se han reunido en Navahermosa con los alcaldes de la Mancomunidad de la Milagra para estudiar un plan para el desarrollo turístico del territorio.

La Asociación presentó un documento base que fue analizado por los asistentes acordando que los ayuntamientos de la Mancomunidad darían los pasos necesarios para incorporar a los objetivos de la agrupación el desarrollo turístico, a partir del cual se elaboraría un proyecto para presentarlo a la Consejería de Industria y Turismo.

También se celebró en Navahermosa, coincidiendo con la inauguración de nuestra Oficina Rural de Información, una reunión con los representantes del municipio y asociaciones en la que se explicó los objetivos de dicha oficina y el estudio de las posibilidades de desarrollo turístico de la comarca y localidad.



Representantes de las AA.CC. de Navahermosa el día de la inauguración de la Oficina de Información.

## REUNIÓN EN LOS YÉBENES

Para comunicar el nombramiento de Delegado de la Asociación en Los Yébenes y hablar de la Oficina Rural de Información, se desplazó a esta localidad una comisión de la Junta Directiva que se reunió con el alcalde y otros miembros de la Corporación Municipal junto con nuestro delegado D. Francisco Pérez estudiando actividades de ámbito comarcal en las que se implicará el Ayuntamiento, tales como una exposición itinerante sobre el bandolerismo en los Montes que definitivamente quedaría instalada en aquella localidad monteña, comentando también la posibilidad de convocar un curso de guías o informadores turísticos comarcales en tres localidades y se volvió a suscitar la puesta en marcha del Centro de Estudios de los Montes de Toledo y la creación de una página web de los Montes.

## LOS MONTES DE TOLEDO EN LA FITUR

Tras varias gestiones para que nuestra comarca esté presente en la FITUR próxima y dado que la superficie de los stand de la Diputación y Junta serán institucionales, los Montes de Toledo estarán presentes en el espacio que ocupará el Ayuntamiento de Los Yébenes que al parecer será el único pueblo de los Montes que concurrirá.

Esperamos que el PRODER MONTES DE TOLEDO también organice su espacio en cuyo caso colaboraremos con las aportaciones necesarias.

Para concurrir a este evento internacional hemos diseñado un desplegable con el mapa de la comarca y un texto invitando a su visita.

## NARRACIONES MONTEÑAS

No es la primera vez que en nuestra Revista aparecen composiciones literarias.

Apostando por la creatividad este número lo hemos dedicado a dos creaciones que encuadramos en lo que genéricamente podemos denominar **narrativa contemporánea monteña**, escritas por los profesores Fernández Delgado y Borreguero Virseda, de acreditadas plumas, que sin duda enriquecerán nuestro patrimonio literario.